

LA BANDERA DE BELGRANO EN SU BICENTENARIO

Autores: Dr Guillermo Palombo - Luis Miguel de Igarzábal Clausse

Resumen

200 años después de la muerte del GrI Belgrano, los autores se sumergen en algunos detalles de la vida de este grande hombre para aportar datos claves sobre el origen del pabellón nacional. El por qué de los colores y su disposición son dos de los principales interrogantes que, junto con los lugares que el General recorrió en su marcha hacia el norte pasando por Rosario, se tratan de responder en estas líneas.

Palabras clave:

Belgrano - bandera - Triunvirato - Moldes - escarapela - Marfany - cocarda - Libertad - Independencia - Vilcapugio - Ayohuma - Salta - Tucumán - Arequito - De Marco.

Desarrollo

Cada 20 de junio se conmemora un nuevo aniversario de la muerte del General Manuel Belgrano, el creador de nuestra bandera nacional, acaecida en Buenos Aires el año 1820. El 13 de febrero de 1812, desde Rosario, pidió al Triunvirato gobernante que declarase una escarapela nacional “para que no se equivoque con las de nuestros enemigos”, y aclaró: “observo que hay cuerpos del ejército que la llevan diferente”. La de los enemigos era la escarapela encarnada, que se llevaba siempre en el sombrero o gorra militar, reglamentaria en el Ejército Real.

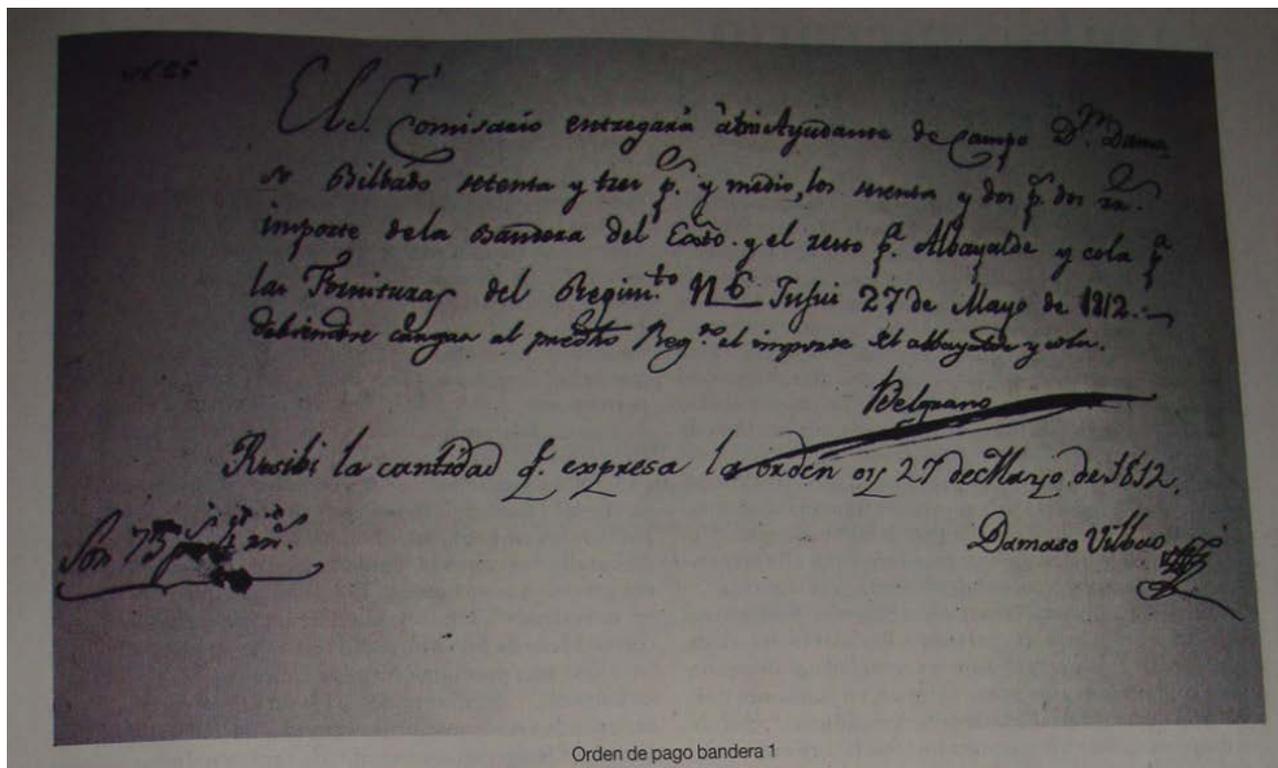
Como se ve, Belgrano no dijo cómo debía ser o cómo quería que fuese, ni aclaró cómo era la “diferente”, ni qué cuerpos militares la usaban. El Triunvirato respondió el 18 de ese mes que había declarado como nacional, para el ejército, la escarapela “de dos colores, blanco y azul celeste” y quedaba abolida “la roja con que anteriormente se distinguían”. Era la blanca y azul celeste la “diferente” en uso, impuesta de hecho, si bien en forma parcial y extraoficial.

¿Dónde, cuándo, cómo y por quién fue elegida esa combinación de colores? Es posible rastrearlo en la rica documentación del Archivo General de la Nación que Guillermo Palombo y Valentín Espinosa transcriben en su compilación documental titulada “Documentos para la historia de la bandera argentina”, publicada hace una década, en 2001, en Buenos Aires, por la Editorial Dunken.

El primer documento de carácter oficial que menciona tales colores, está fechado en Mendoza el 31 de diciembre de 1810. Se trata de una comunicación de José de Moldes, teniente gobernador de ese punto, a la Junta, en la que hizo saber que a la primera compañía de Alabarderos que había levantado, le había puesto “escarapela nacional, que he formado con alusión al sur, celeste, y las puntas blancas por las manchas que tiene el celaje que ya vemos despejado”, cuyo modelo remitiría en la primera ocasión que le fuera posible. No obstante recabar la autorización, él ya la había colocado en su sombrero. Es llamativo que la Junta se limitara a acusar recibo formal de la comunicación, que se circunscribió a tener presente, y nada dijo de la escarapela. Ni la autorizó ni la desacreditó, como si tuviera algo en mente y se reservara para resolver más adelante. Se trata de un documento que adquiere singular relevancia, pues otorga nueva fuerza a la teoría clásica sobre el color del cielo, que fue desechada por Roberto Marfany en su estudio “Origen de la bandera argentina”, publicado en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, vol. LIV-LV correspondiente a 1981-1982, pero sin conocer el antecedente que dejamos citado.

¿Tenían algún simbolismo particular o especial los colores azul celeste y blanco? Belgrano nada dice que permita suponerlo. Se limitó a aceptar la sanción triunviral, y ésta tampoco aporta nada al respecto. Pero queda en el aire la impresión de que todos hablan de algo que está tan sobreentendido que no requiere explicitar fundamentos ni formular aclaraciones. La comunicación de Moldes al finalizar 1810 menciona que la sanción de una “cocarda” nacional, como la de todas las naciones del mundo, es “para que nuestros paisanos levanten la cabeza que aún llevan baja”. En febrero de 1811, aparecieron en Buenos Aires “escarapelas fondo celeste” (lo que revela que el resto debió ser blanco, aunque no se lo diga), declaró el Ayudante Mayor Martín Rivero, “unas

escarapelas”, tal como depuso el Teniente Juan Carlos Pro, “cuya significación era la libertad”. Ambos eran oficiales del Regimiento de América. Parece haber un sincronismo y ser ese el origen anímico del símbolo; cabe destacar que las baterías del Rosario se llamaron “Libertad” e “Independencia”. A pesar de que el azul celeste y blanco se consideran colores de los Borbones, y su relación con el vestido blanco y manto azul de la Virgen María en su advocación de la Inmaculada Concepción, que en la banda albiceleste de la orden de Carlos III, reproduce el atavío de aquella según su constitución fundacional, no se ve ninguna relación de ello con la bandera. Ningún documento de la época, que se conozca, menciona esa vinculación.



El 26 de febrero de 1812 Belgrano, en Rosario, notificó al gobierno que recibió su comunicación sobre la declaración de la escarapela con la que “nos distinguimos de ellos [se refiere a los realistas] y de todas las naciones”. Entusiasmado, quiso enarbolar una bandera en las baterías levantadas para impedir el paso de la escuadrilla realista por el Paraná, pero no tenía ninguna. Las del enemigo que ondeaban en la mesana de los navíos de guerra de la escuadrilla realista de Montevideo eran las mismas enarboladas a diario en la fortaleza de Buenos Aires: de tres franjas horizontales, amarilla la central y rojas las dos exteriores (la “rojo y gualda”), con o sin el escudo real, y de grandes dimensiones. Belgrano consideró que era necesario diferenciarse de ellos, tal como se hizo con la escarapela blanca y azul celeste, y mandó a coser una bandera con esos colores, que fue enarbolada. No la conocemos. Al parecer no ha sobrevivido. En cuanto a su forma y distribución de colores, debió bastar con reemplazarlos, de modo que el rojo de las dos franjas exteriores debió ser sustituido por el azul celeste y el amarillo (o gualda) de la central por blanco.

Y dado que el color ya venía con su propio simbolismo, poco importaría averiguar, si ello fuera posible, las ideas y sentimientos de Belgrano pues al parecer él no eligió la combinación de colores. Las fuerzas navales realistas de Montevideo, a quienes se desafiaría con la nueva bandera, no respondían al Rey José sino a Fernando VII, de modo que si esta hubiera representado los colores de la dinastía, tampoco hubiera existido razón para ocultarla.

Alarmado por la noticia de la nueva bandera, pues había que mantener las formas, con la hipocresía del caso, el gobierno ordenó a Belgrano, el 3 de marzo, que la ocultara “disimuladamente”, lo que no revela que en el fondo estuviera en desacuerdo con la creación sino

con la oportunidad de mostrarla ostensiblemente. Y dispuso que la reemplazara con la que se le enviaba, que era “la que hasta ahora se usa en esta fortaleza”, es decir la rojo y gualda ya mencionada, que continuó izándose hasta 1815 en el mastelero de la Fortaleza de Buenos Aires.

La comunicación desaprobatoria del Triunvirato no llegó a manos de Belgrano, porque el 1º de marzo había partido hacia el norte. Su bandera quedó flameando en la batería. Quién recibió la orden debió haberla reemplazado por la enviada desde la capital. Y no sabemos qué destino tuvo la destituida. Ignorante de todo esto, ya situado en Jujuy, y para solemnizar el 25 de Mayo, el General ordenó confeccionar una para su Ejército, con los mismos colores de la que había dejado en Rosario, y con su misma distribución. ¿Por qué habría de ser diferente de la que estaba tan satisfecho? Sí, fueron otras sus dimensiones, adecuadas a las portátiles de los batallones de infantería, que eran “de siete cuartas en cuadro” (aproximadamente 1,46 m de lado), de campo blanco con la cruz de Borgoña las “sencillas” o de batallón y con escudo real las “coronelas”. Una orden de pago firmada por él en Jujuy dos días después, el 27 de mayo, da cuenta de la entrega de 73 pesos y medio al ayudante Dámaso Bilbao para que pagara la hechura de la bandera.

Enterado el Triunvirato, lo creyó un alzamiento contra su autoridad, y le envió una severa reprimenda. Belgrano respondió el 18 de julio que “la [bandera] he recogido y la desharé” y aclaró que si alguien preguntase por ella respondería que la reservaba para el día “de una gran victoria”.

Si en su nota oficial al Triunvirato, Belgrano protestó no ser desobediente, en carta privada a Rivadavia del 31 de agosto de 1812, le expresó en frase templada al diapasón de una contenida exasperación interior, en ocasiones desbordantes como un estallido de lavas volcánicas: “¿Quería usted que me callase a la amenaza injusta, lo diré mil veces, por el asunto de la bandera?”.

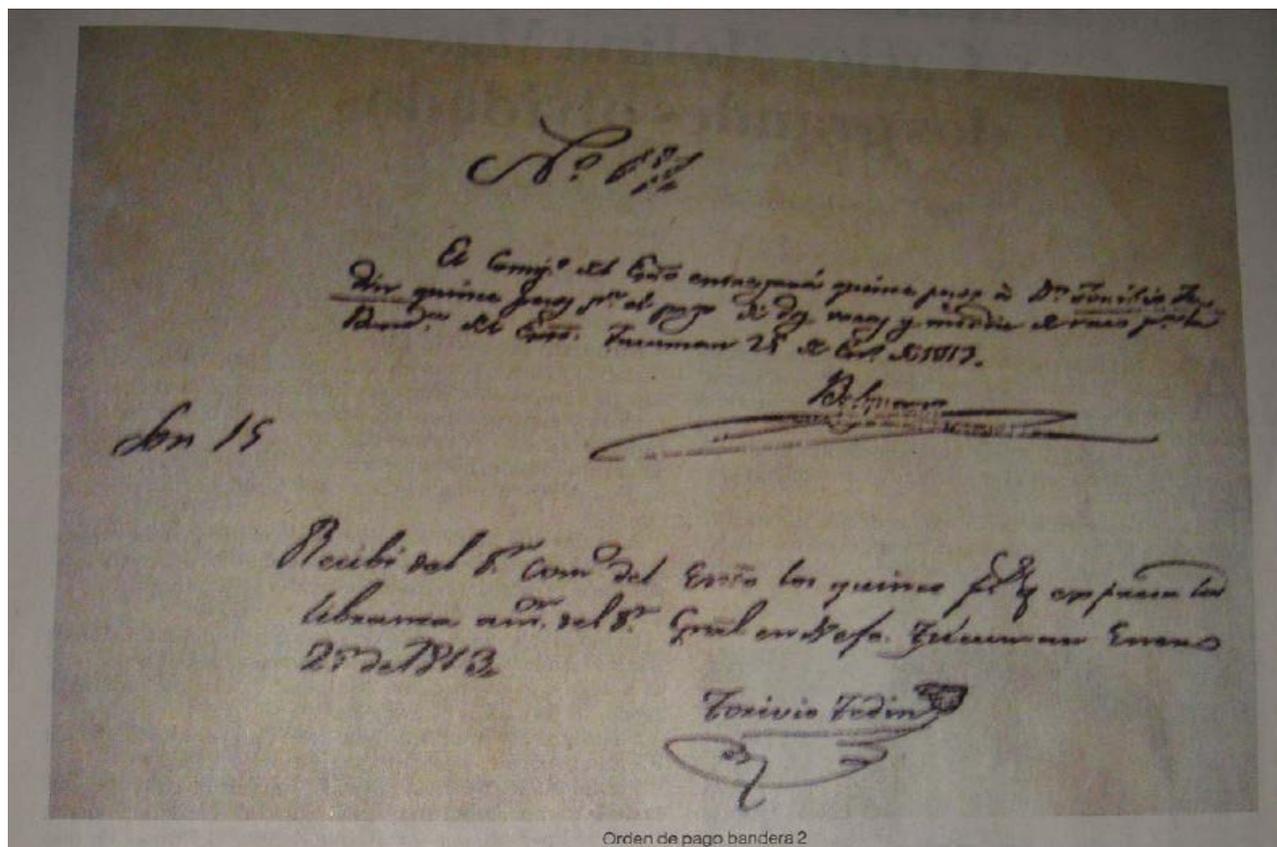
La victoria anhelada llegó en Tucumán el 24 de septiembre. Una orden de pago firmada por él, fechada en aquella ciudad el 25 de enero de 1813 dispuso que el comisario del ejército entregara al comerciante Toribio Tedín la suma de quince pesos con seis reales “en pago de dos varas y media de raso para la bandera del Ejército”, que el beneficiario recibió en la misma fecha. Sabemos el largo del corte, pero no su ancho. ¿Realmente Belgrano la deshizo o la completó? Sea lo que fuere, nueva o renovada, estuvo presente en la histórica ceremonia realizada el 13 de febrero junto al río Pasaje, que desde entonces fue conocido como del Juramento. En octubre cayó el Primer Triunvirato y el nuevo gobierno no desautorizó al general victorioso en el campo de batalla.

Con ella Belgrano marchó al Alto Perú, donde sufrió las terribles derrotas de Vilcapugio y Ayohuma (1º de octubre y 14 de noviembre de 1813). Setenta años después, en octubre de 1883, se encontraron clavadas detrás de unos cuadros de la capilla de Macha, donde el General estuvo antes de Ayohuma, dos banderas de grandes dimensiones: una con las dos franjas exteriores azules y la central blanca y la otra con las exteriores blanca y azul la central. Se supuso, hilvanando supuestos indicios, que el General hubiera ordenado esconderlas (fuesen ambas o una de ellas las del Ejército y hasta alguien supuso que fuera la enarbolada en Rosario) allí para evitar que cayeran en manos del enemigo. Versión que, además de ignorar que la del Ejército era una sola, y sin entrar ahora en sus pormenores, resulta descalificada por muchos elementos de juicio. Bástenos recordar tres. El General José María Paz refiere en sus memorias haberla visto en manos del General en medio de la derrota. Otro testigo presencial, el oficial Lorenzo Lugones, en sus recuerdos históricos publicados en 1888, memora que todo quedó en el campo de batalla “excepto la bandera, que para que se perdiera era preciso que se muriera Belgrano, porque él la llevaba en la retirada”. Una vez en Tucumán, enterado que el Coronel José de San Martín lo revelaba en el mando, hizo imprimir una proclama dirigida “a los pueblos del Perú”, fechada el 25 de febrero de 1814, en la que sostiene: “He depositado en sus manos [se refiere a San Martín] la bandera del Ejército que en medio de tantos peligros he conservado”, y encomendaba a su reemplazante enarbolarla en la primera oportunidad que tuviera y que la hiciera flamear “sobre las más altas cumbres de los Andes”, lo que confirmó desde Santiago del Estero el 6 de abril en una carta privada al futuro Libertador.

Quedan pues descartadas todas las fantasías malsanas al servicio de la incoherencia, que han hecho correr ríos de tinta desperdiciada. No sabemos quién, cómo, cuándo y por qué puso tales banderas en la capilla de Macha, ni por qué difieren en la disposición de los colores. No afrontaremos el riesgo de señalar una hipótesis sobre ellas cuando hay muchas posibles. Que los interesados en sostenerla sigan investigando al respecto y digan algo, si algo nuevo tienen para decir.

Debemos agregar que, como la bandera enarbolada en Rosario y la jurada en Jujuy, también fue de tres fajas horizontales, “blanca al centro y azul a los costados”, la banda establecida para el Director Supremo el 22 de enero de 1814. Que en su forma, pero no en su significado, como ya hemos dicho, es la misma que luce Fernando VII en el divulgado cuadro que Goya pintó de la desastrada familia real española.

El Congreso reunido en Tucumán, el 20 de julio 1816, sancionó legalmente como nacional la “celeste y blanca de que se ha usado hasta el presente y se usará en lo sucesivo exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas en clase de bandera menor”. El 24 de septiembre, en la misma ciudad, Belgrano retiró del servicio a la “bandera vieja”, que lo había acompañado en sus victorias y en sus derrotas. Fue colocada a los pies de la Generala Virgen de las Mercedes y reemplazada. La constancia documentada está inscripta en el Libro de Órdenes del día del Ejército Auxiliar del Perú, que se conserva en el Museo Mitre. Y allí quedó. La bandera “nueva” debió perderse con la disolución del Ejército en la posta de Arequito (1820).



La vieja siguió coronando los pies de la Virgen hasta que en 1831 el Batallón 5º, que en Tucumán formaba parte de las fuerzas del General Lamadrid, la sacó de su depósito y llevó nuevamente al campo de batalla como propia. Y la perdió en el Combate de la Ciudadela, el 4 de noviembre de ese año, cuando Facundo Quiroga se las arrebató por la fuerza y la depositó en el cuartel del Regimiento de Auxiliares de los Andes. Entregado el mando de Quiroga al Coronel José Ruiz Huidobro, éste la envió a Buenos Aires el 8 de junio de 1836 con el Coronel Andrés Seguí, como obsequio al Gobernador Juan Manuel de Rosas, a fin de que le diera destino, con la expresa aclaración de que se trataba de “la bandera sobre la cual juró la independencia en Tucumán el Ejército del General Belgrano”. Y como esta ostentaba, a la sazón, los “colores prohibidos”, la

comunicación mereció a Rosas solamente un lacónico “archívese”. De todos modos, la referencia única contribuiría a demostrar que tenía tres franjas, pues si hubiera tenido dos, la circunstancia hubiera llamado la atención de Ruiz Huidobro que solo reparó en sus colores por estar “prohibidos”.

Qué fue de ella con posterioridad no lo sabemos y su rastro se pierde en la bruma del pasado.

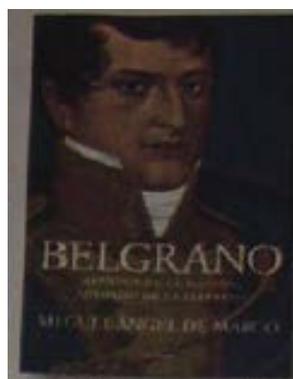
El 24 septiembre de 1873 se inauguró en la Plaza de Mayo la estatua ecuestre de Belgrano, que lleva en una sus manos la insignia patria. En esa oportunidad, ante la multitud congregada, dijo el General Bartolomé Mitre: “vivirás en la memoria y el corazón de los hombres, mientras la bandera argentina no sea una nube que se lleva el viento, y mientras el nombre de nuestra patria pronunciada por millones de ciudadanos libres, haga estremecer las fibras de bronce”. Sí, para todos los argentinos vive Belgrano en su bandera, casi transfigurado en ella. Se ha cumplido lo que anunciara proféticamente a sus soldados en Tucumán, cincuenta y siete años antes, cuando les recomendó que nunca perdieran de vista “pues donde ella estuviere, allí me tendréis...”.

Belgrano, artífice de la Nación, soldado de la libertad

Miguel Ángel de Marco

Emecé, Suite de 16 páginas con láminas en colores.

312 páginas



Belgrano apareció en las horas decisivas de nuestra historia como un globo de fuego que hiende las sombras del espacio helado, arrastrando una causa luminosa. Y Miguel Ángel De Marco se ha propuesto reconstituir su órbita llameante. El autor, miembro de número y presidente de la Academia Nacional de la Historia, profesor emérito en el doctorado en Historia de la Universidad del Salvador, con pluma diestra y amena que estampa un permanente reflexionar, va marcando en nueve ágiles capítulos, a manera de peldaños ascendentes, los puntos importantes de cada etapa de la vida de su biografiado. Nos explica los orígenes familiares, la niñez y juventud de Belgrano, su período como estudiante en Salamanca y Valladolid, y su regreso a Buenos Aires, donde no ejerció la profesión de abogado, su labor como Secretario del Consulado de Comercio, su interés en el fomento de la agricultura, la educación de la mujer, la institución del seguro, la explotación del lino, y su participación en la creación de las escuelas de matemáticas y náutica. Es posible ver su paso por El Telégrafo Mercantil y el Semanario de Agricultura, y su posterior participación, en las invasiones inglesas.

Y luego viene su incorporación a la flamante Junta, que hizo derramar sin clemencia la sangre de Liniers para mantener incólume sus postulados. Se relatan la creación de la bandera, su campaña al Norte, los triunfos en Salta y Tucumán y las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma. Después la misión diplomática en Europa en procura de arreglos con la corte de Madrid, en busca de un rey. A su regreso, la declaración de la independencia. Su bandera, recogida por San Martín en 1817, pasará por las altas cumbres vestidas de nieve blanca. Nuevamente lo encontramos al mando del Ejército del Norte. Pero ya la guerra no se decidirá en ese frente, que permanecerá estacionario. El autor nos permite comprender que ya no agitan a Belgrano sueños de grandeza: ahora sólo aspira a resolver apremiantes problemas de alimento, de techo y de vestido para sus hombres. Y cuando no pudo más, agotado por la enfermedad que lo consumía, se despidió en silencio de su Ejército, al que los motineros de Arequito terminarían por destruir en 1820.

Murió en la misma casa que lo vio nacer, olvidado por todos, en la soledad y en la miseria.

Debemos agradecer a Miguel Ángel de Marco por hacernos reflexionar sobre la diferencia que existe entre las recompensas en vida y las póstumas. Por permitirnos comprender que en algunos hombres la desgracia es un simple accidente, frente a la dignidad del pensamiento y la conducta. Por eso el nombre de Belgrano no debe extinguirse nunca del aula escolar, uno de los lugares más importantes de formación del alma nacional, ni reemplazarse por ídolos con pies de barro. Fue un surco de fuego en el firmamento político de nuestro país. Como los cometas, apareció, ardió y corrió a hundirse en la sombra con la llama encendida.